

Margo Glantz

Dos textos



La voz

Cuando la tensión de los caballos que tiran de mi carro revienta las cuerdas delirantes, surge la voz. Enigma fugitivo tiende su lazo y me lleva, cautelosa, por una senda mil veces iniciada, para florecer o envilecer mi boca.

1. Caballo negro

Las notas sonaban en mí, caracoleando su pena. Notas arras-tradas, despiertas al eco de los cascos tajantes, sonoros. Ritmo que disparaba su plomo entre cadencias netas, y maniacas, dis-frazando su estertor en la amplia boca de la trompeta.

Voz y notas reptan y se quiebran en salmodia, voz y cuerdas musitan su elegía; voz y notas me traspasan con su salpicadura sangrienta. Sonido dulce y tenaz que me acompaña galopando por mis vísceras; sonido encabritado que se extiende hasta ocu-parme, ramificándose por mis arterias y venas, dibujando mi contorno.

Soy un sonido voluminoso que se transforma en grito, soy un murmullo recitado, una voz quebrada, un salmo envilecido. Mi carne líquida se derrama en un hueco metálico y pasa por una garganta estrecha y sincopada.

2. La cisterna

Mi palabra golpea como el salto que perfora la roca, horadán-dome en profundas rupturas geológicas. Gotas brillantes de so-nido se encajonan superponiéndose en los árboles que arriman sus ramas secas para susurrarme en eco desvaído mis propias palabras destiladas.

Cisterna del sonido que amplifica sus galerías subterráneas, llenándolas de agua que se deseca en el desierto. Desierto en-cima, cisterna abajo, palabras duras que se humedecen en cuan-to traspasan la ancha muralla que las ciñe.

Proferiré lamentos y de los lamentos manará el llanto como el pan que cayó del cielo, y la cisterna que en mí se ramifica subirá y se vertirá fertilizando mi morada, suavizando las grie-tas deslavadas que en ella se han gestado, milenaria y pasiva-mente inermes, soportando el duro hachazo de la palabra que me cincela, escindiéndome en roca y rama, en pozo y en de-sierto.

3. Pintura de un sonido

Empezó la melodía. El sonido sale de una flauta dulce y pri-mitiva. Sonido desdoblado y agudo, de quena y flauta dulce unificadas. Sonaba interminable y se perdía monótono a lo le-jos, como sirena de barco que se pierde en un atardecer nu-blado, entre las brumas de un río antiguo y europeo. Sonido compulsivo, también contaminado. Sonido agudo que el tiem-po se tragaba.

Volví a sonar, a repetirse: mecanismo constante, ejecutado con sonriente desparpajo. Trataba de apresarlo y hundirlo en mis oídos, guardarlo en paquetes suaves y lustrosos como los que brillan en el fondo de los armarios, entre los jabones que exhalan su pesado y melancólico olor, entre las medias de an-tigua "cocotte" y nueva ola, entre los prendedores de plata y turquesas, entre los collares de cuentas varias y coloreadas. Ex-tendía las medias negras y miraba con deleite sus grecas y los encajes, pero el sonido se escabullía desliziándose en doble sur-co, parecido a un santo, a un santo que ha perdido su aureola.

Repetía la salmodia; cuidaba de que mis oídos apresaran las notas trémulas y desdobladas, las cadencias agudas y dulces, los tonos melancólicos, la pretendida alegría cirquera. Mis oídos se abrían en vaga desmesura, en amplia sinrazón, queriendo ser receptáculos sagrados para conservar aquel sonido que se repetía a intervalos iguales y constantes y que en truco malabar nunca me ofrecía su sello y me devolvía, engrandecida, la lacra abierta.

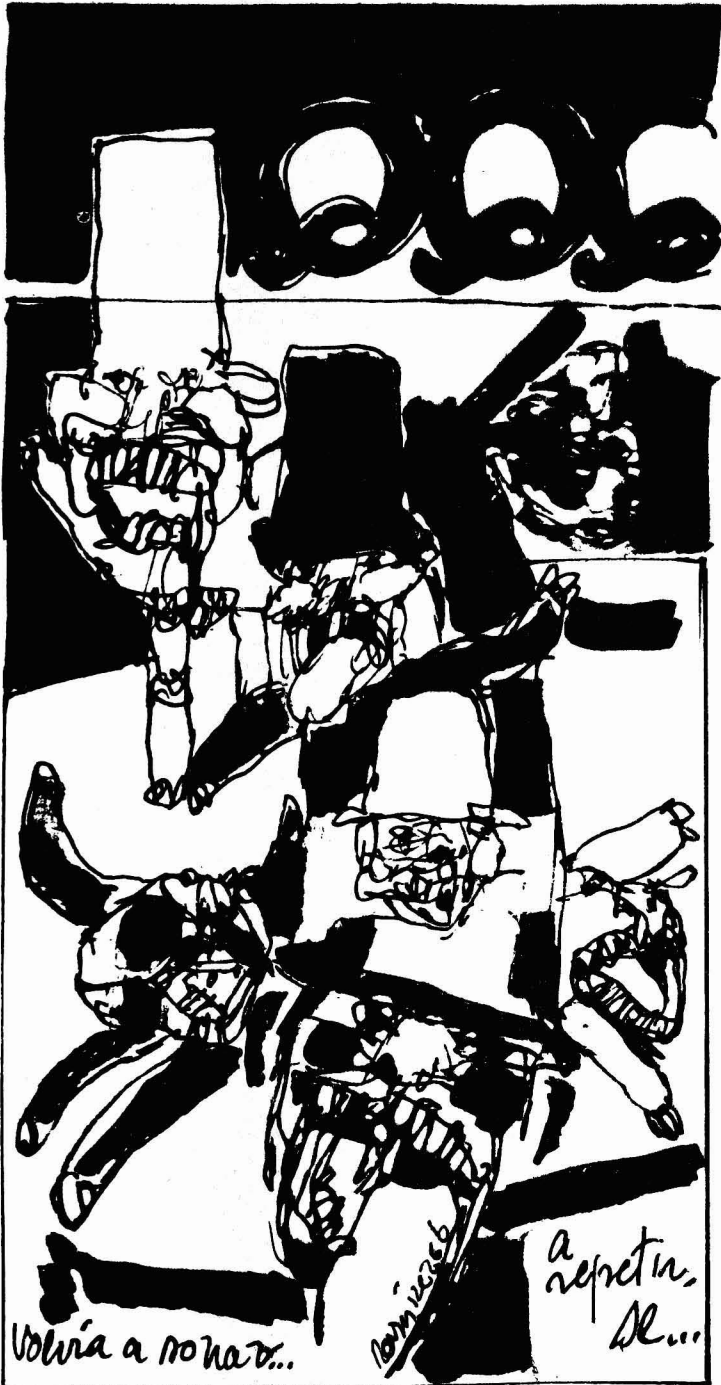
Viva, escuchando y olvidando el triste sonido devorado, con-fermando mi vida a su fugaz encuentro auricular, amontonan-do y yuxtaponiendo sus momentos sonoros, como fotografías de un viejo álbum descolorido y fantástico. Álbum descolorido por-que nos entrega una imagen plana, estereotipo impávido de un constante fluir y un quieto permanecer que gotea entre las pá-ginas, entre las figuras redondas, entre las líneas negras impre-sas con fuerza en el desdoro que pretende resumir nuestra ima-gen y exaltar nuestro recuerdo.

4. Los receptáculos

Yo sentada. Alrededor las cosas, limpias. La vida sale de la aguja fina que repasa los surcos del disco. Sonidos que salen inflamados de una trompeta. Trompeta de metal dorado, trom-peta que se inserta en la boca carnosa de un negro maniaco y me llena de calor. Calor que me da el metal dorado de una trompeta que se hincha en los labios de alguien que no veo y que avanza sobre mí en oleadas vertiginosas.

Luces apagadas, cuadros, flores gigantes, reflejos de una ve-getación exuberante, pero reflejos ficticios, reflejos de papel cre-pé, lujuria cercenada. La luz y el teléfono debajo, el teléfono que calla. El recuerdo regresa, se asienta y resucita. Sonidos vibrantes que avivan mi tristeza y el recuerdo.





Sigo sentada, mirando, moviendo los ojos en mi cara inerte, ojos de mariposa siguiendo el sonido, ojos que aquilatan los objetos y recrean el pasado al oír un sonido.

La trompeta calla. Empieza el piano, convulso, repicando en las notas que dedos morenos aprietan. La boca carnosa, soplando con fuerza, me saluda desde el surco negro y cansado. Saboreo su sonido tierno; su realidad me penetra y vuelvo la vista, sin mover los párpados, derrotando los ojos que se fijan en otro receptáculo de sonido ahora mudo. Sigue el piano, sigue la trompeta; veo sucesión de labios, manos, dedos, gargantas que se abren sonoros. Me miro, sigo sentada entre las cosas. Entre las lámparas apagadas mis dedos sienten la suavidad de la alfombra manchada; mis palmas, la rugosidad del sillón desteñido; mis ojos, la confusión de los cuadros y la inutilidad del recuerdo que vacía mis manos y desorbita el sonido.

Voces, el constante raspar de la aguja sobre el surco y el silencio continuo. Sola entre las cosas sin vida, sola con la voz aguda. Sigo allí, palpable, llena de contornos y de cosas que callan. Siluetas que recuerdan el perfil de una mano. Mano que borra el recuerdo y desdibuja el contorno, para instalarlo, oscilante, en la aguja que taladra lentamente mi silencio hasta volverme estatua.

5. La profecía

Llegó ya el tiempo de contar los años de rencor, de recoger el viento que nos molió la cara y deshizo nuestros huesos, de beber la hiel que salió de las entrañas, de segar la oscuridad que hemos creado.

¡Ay de los que prescriben tiranía y esperan gloria! ¡Ay de la aflicción mayor que la oscuridad en que vivimos! Así habló el profeta y nosotros callamos deslumbrados.

Estremeciéndose el corazón, corrió el llanto y el viento hizo presa de nosotros para apartar el juicio, para encender la liviandad y despojarnos. Aunque nunca sea la oscuridad más grande ni la visión más ciega que cuando habitemos solos en medio de la tierra.

Yo me visitaré y encerraré el rencor en mi morada como las aguas inestables se esconden en los ríos; la maldición y la discordia se aposentarán y todo será ilusorio, porque lo amargo derramado nunca se recoge y porque los discursos profetizarán mentira, porque el fruto del rencor yo me lo como y el fruto de la vida se me escapa.

Porque el lecho de marfil es frío y blanco; porque las casas ya no nos albergan; porque la silla de la iniquidad nos sirve de consuelo; porque los días malos con sus vacas flacas se acercaron sin remedio; porque el vino será amargo; porque el viento levantará la arena que entrará en los ojos; y porque solos quedaremos en la mansión que construimos, solos con los granos finos, solos con el sol, solos, solos, solos, como granizo que se escurre entre la hierba.



Las metamorfosis de Don Juan

1. La mina

Soy roca de mármol o cantera; o tezontle que carcome la araña de la piedra, siempre firme y siempre informe, fina y rugosa, tersa y aguda.

No te aprendiste las formas de mi forma, no recorriste el vasto encanto ni cincelaste con cuidado los recodos y las ondas que en mí se encuentran dispersadas. Preferiste intentar el goce de texturas en una misma figura que se expande y que todas las noches se te ofrece en mudo sacrificio.

Buscaste lo ausente y te hundiste en la carne, sin alcanzar la mina ilimitada que se estrecha y se hunde en las entrañas del perfil estático, del universo móvil.

No supiste, no. Y la lacra pensada se desflora en impulso repetido que reinicia misterioso su candente marca para apagarse en un breve intento de suplicio.

2. Palimpsesto

Circundado por una existencia venérea que te aflora superficial, te perfilas como figura ilustre. Figura ilustre, porque te repites hace ya largo tiempo en grabados, pinturas y viejas tapicerías medievales, en libros amarillentos y en historias que se cuentan a escondidas, entre murmullos y miradas equívocas.

Escindido por un desfiladero de palabras que expresan un sentimiento mutilado y haces de ti mismo un mito. Mito que forjas cuidadosamente y que te repite en ecos diarios e inalterados que te van poseyendo implacablemente. Eres ya la imagen que tú mismo te has dado, pero a ella se añaden las imágenes anteriores que se superponen y te desfiguran. Esbelto, ágil, y simultáneamente, viejo palimpsesto sobre el que se amontonan escrituras diversas y trazos desgastados.

En ti residen todas las naturalezas y ninguna. Sugieres el delirio y te inclinas por la ascesis. Sigues todos los puntos y nunca los encuentras para susurrar un nombre que solo florece cuando te pierdes en una forma múltiple, buscada siempre y repetida en un contorno semejante que jamás retienes.

Profieres en la oscuridad palabras amatorias que devoran su sentido. Sentido hermético que se encierra cuidadosamente en ti, pero que se desborda sobre la forma erecta de tu cuerpo ensismado.

3. Olor a santidad

Repugnante olor promiscuo, olor que sintetiza el devenir de ingles que se juntan, apresuradas y violentas. Olor que se matiza con el violeta de genciana que apaga y mitiga la pena del olfato. Olor intenso y matizado que cubre las gamas olfativas, los perfumes orientales y franceses, disueltos en sudores, emanaciones, rostros perlados y jadeos.

Olores, olores; olores trastornados, milagrosos apéndices de vidas impolutas, que ahogan la violencia desteñida en el manejo diario. Promiscuidad dolorosa que descuella, entreabriendo su corola carcomida que me persigue sin que yo pueda, horroizada detenerla. Vista de lejos, desdeñada, se acerca y me envuelve para restregar su contacto servil. Replegada, me escondo en el ovillo revuelto de mi carne, pero el olor se acerca, imperturbable y penetra con breve rasguño escarlata, su lepra disfrazada.

Olor, llaga lazarienta que resucita disolviendo la pústula y dignificando la herida. Así, tocada levemente, concentra en su contorno el olor que se transforma en plástico elemento lineal, ondulante ante mis ojos y mi nariz dilatada.

